

Mariano Azuela y las escenas de la revolución mexicana

LUIS FELIPE VALENCIA TAMAYO¹

Artículo recibido el 21 de julio de 2019,
aprobado para su publicación el 1 de septiembre de 2019

Resumen

Con el fin de revisar las razones de tras de una obra maestra de la literatura mexicana, en el presente texto se hace un recorrido por la obra: *Los de abajo* de Mariano Azuela. Sin duda, se destacan sus valores narrativos, pero la clave para su supervivencia histórica está en su retrato de la revolución. Y en tal medida, se destaca la fuerza de los personajes que quedan en la memoria colectiva gracias a su defensa de valores humanos, a su resistencia a diferentes formas de poder. Bien puede pensarse que esa revolución, que la novela dibuja, es una excusa para entrar al más fino retrato del pueblo mexicano.

Palabras clave: Literatura; Cultura revolucionaria; Revolución mexicana.

Se ha cumplido un centenario de la publicación de la novela *Los de abajo*, de Mariano Azuela. Tal vez sea esta la obra literaria más cercana a la caracterización social de la Revolución mexicana y, por ello, es habitual que nos encontremos tanto con sus reediciones como con sus traducciones. Aún queremos comprender lo que ha pasado y en ese interés, la literatura orienta una disquisición acerca de la historia, del paso del tiempo, de las cosas que parece que se han ido, pero que, extrañamente, hacen parte de la historia por más que los siglos pasen.

Un título tan elocuente como *Los de abajo* parece resumir en sí mismo el contenido de la novela de Mariano Azuela. Cuando uno lo escucha o cuando uno lo lee, parece que no hubiera necesidad de más porque todo queda dicho en las imágenes que llegan a la mente pensando en una historia bien conocida: la historia de la opresión y la lucha en los pueblos latinoamericanos. Se colma la paciencia, se llena la taza, no se aguanta más y se desencadenan acontecimientos y calamidades que, como todo lo que se adentra en el espectáculo de la historia, no se puede medir con exactitud. Ciertamente que cada país del continente americano tiene sus propias cuentas al respecto, pero no menos cierto es que el capítulo de la Revolución mexicana ha tenido una literatura mucho más vasta y, asimismo, leída. De esta forma, no son extraños a nosotros los nombres de Pancho Villa, Venustiano Carranza, Victoriano Huerta,

1 Escritor, profesor de Literatura y Humanidades en la Universidad de Manizales. Magíster en Filosofía de la Ciencia y del Lenguaje (Universidad de Caldas), con intereses investigativos en el arte, la filosofía, la historia, los lenguajes, la literatura, la sociología, entre otros. Docente de la Escuela de Comunicación Social y Periodismo de la Universidad de Manizales. Autor del libro 'Historia e Historiadores'. Correo electrónico: lufevata@hotmail.com

Francisco Madero, Porfirio Díaz y otros muchos protagonistas de la historia de México. Así no tengamos certeza de los roles que estos y aquellos tuvieron, la sola mención nos remite a una imagen del pueblo *manito* en la que la violencia y la fiesta se mostraron juntas en el paisaje.

El médico Mariano Azuela comienza a publicar su novela *Los de abajo* en 1915 bajo el llamativo método de las entregas o folletines. Ya él había hecho parte de la facción revolucionaria que lideraba Julián Medina en la población de Hostotipaquillo y conoció, como médico, el devenir de una cruenta lucha que no tenía una conciencia clara a la hora de actuar y mucho menos a la hora de acercarse al poder. Varias pueden ser, así, las relaciones de la vida personal del autor con lo que en la novela se lee: por un lado, el deseo de acercar a los lectores a las escenas más íntimas de la revolución —desde los juicios y las maneras del ser de los líderes que comienzan a sublevarse hasta las angustias de quienes pierden el amor y alcanzan un poder que no saben manejar—, y, por otro, la vida de un hombre culto, como lo es un médico, en el camino de la lucha armada. En la novela uno no se encuentra con los sujetos históricos que aparecen en las enciclopedias como objeto de consulta, no; en *Los de abajo* el encuentro se da con quienes pasan anónimamente por las investigaciones y se suman luego al número de víctimas sin importancia. Sin duda, la novela alcanza su relieve por lo que nos dice sobre esas personas, por las formas de ser de los personajes que pasan armados y hambrientos yendo al encuentro del ejército federal y por las expresiones, maldiciones y refranes de quienes parecían pasar por la historia en silencio.

¿Novela revolucionaria? ¿novela antirrevolucionaria? Sería un error resaltar alguno de los dos aspectos. Azuela ha hecho el papel de un novelista realista que poco deja ver lo que siente por lo que narra y cuando se da el caso en que él se muestra enemigo de un bando luego viene otro en el que puede mostrar que las tropas del frente no son menos nobles. Lo que sí puede recabarse es que Azuela ha intentado mostrar escenas de la Revolución mexicana y por los capítulos de su novela logra transmitir lo que en esos años se vivía. Suena simple, pero el ejercicio es complejo.

Todo parte del día en que Demetrio Macías tuvo que salir de su casa por el acecho de los oficiales y suboficiales del ejército porfirista. La violencia de los federales se posa sobre el valiente hombre, acaba con su casa y mata a su perro, lo separa de su mujer, y él, sin credo político y traspirando coraje, emprende un camino revolucionario en el que será rodeado por la muerte, la infamia y la festividad. Junto al muerto, el mezcal, el tequila que a todos, a buenos y a malos, se brinda, y que hace más llevaderas las penas del combate. A los pasos de Demetrio se van uniendo otros personajes, no menos desolados, y van juntando orgullos para replicar a los de arriba: “Bueno —dijo Demetrio— ya ven que aparte de mi treinta-treinta, no contamos más que con veinte armas. Si son pocos, les damos hasta no dejar uno; si son muchos aunque sea un buen susto les hemos de sacar”.

La aventura de esta revolución es, una vez más en la historia de las letras, la gran metáfora de un viaje en el que todos los obstáculos aparecen y pocas satisfacciones son logradas si no es a fuerza de grandes sacrificios. Como tal, es ajena a un contenido político claro o consciente y se sumerge en el sentido de más de un resentimiento personal por el dolor causado. Demetrio y sus combatientes no hablan de John Locke ni de sus derechos naturales o tan siquiera del

famoso derecho de insurrección de los súbditos postulado por el filósofo inglés; no tienen conversaciones sobre la realidad política de México, ni citan a los intelectuales enemigos también del porfiriato, ni saben del positivismo filosófico que al presidente tanto le gustaba, nada de eso; después del combate, solo hay espacio para honrar los muertos, beber y amar. Tal vez en algunos momentos se escuchan palabras que no son del todo entendidas, como las del Curro a su general Demetrio:

Nosotros no nos hemos levantado en armas para que un tal Carranza o un tal Villa lleguen a presidentes de la República; nosotros peleamos en defensa de los sagrados derechos del pueblo, pisoteados por el vil cacique. [...] y así como ni Villa, ni Carranza, ni ningún otro han de venir a pedir nuestro consentimiento para pagarse los servicios que le están prestando a la patria, tampoco nosotros tenemos necesidad de pedirle licencia a nadie.

En este viaje, la tripulación no sabe para dónde va. Se empieza por la venganza y luego el camino no tiene retorno. Revolución sin más nociones políticas que las que los combatientes tengan por dignas de reclamarse. Al combate se llega porque hay una ofensa inicial, es cierto; pero la lucha se mantiene porque ya no hay de otra, porque presos de una gran inercia, los revolucionarios no sabrían qué hacer sin sus treinta-treinta, sin sus rifles. Además, los caudillos se confunden, se pierden en sus ambiciones, se amenazan unos a otros y contagian de sus padecimientos a todas sus tropas, que en muchos momentos no saben qué camino tomar. Todo se desborda, en poco tiempo Demetrio es capaz de acabar con una tropa federal en Zacatecas y sus seguidores son capaces de matar a humildes campesinos por desatentos o por servir malos platos de comida. Tanto en los federales como en los revolucionarios, las armas contagian un anhelo de ser cada vez superior sobre cualquier ser humano. Los niños crecen sin fortuna y toda mujer pierde sus encantos modernos en aras de un retorno a su animalidad. El desencanto se pinta en los rostros de algunos de los miembros de los de abajo, trasluciendo, pienso, la misma desilusión que sobrellevó el médico Azuela acompañando las tropas de Julián Medina.

Si algo puede ser esta novela es eso, la historia de un desencanto. La devoción que en un principio tuvo el pueblo por los ideales revolucionarios al final se transforma en odio; ya no hay música a la entrada de los revolucionarios en los pueblos, ya no hay vítores ni banderas de solidaridad con la causa; todo se ha desbocado como un caballo sin brida. Es la novela de un tiempo muy preciso que camina con sigilo en compañía de los revolucionarios que salieron en los días en que es asesinado Madero hasta los días en que Villa fue derrotado en Celaya: “¡Un desastre! Villa derrotado en Celaya por Obregón, Carranza triunfando por todas partes. ¡Nosotros arruinados!”.

La novela de Azuela deja, así, interesantes preguntas no solo sobre las causas, los desarrollos y desenlaces de la revolución mexicana, sino sobre las posibles relaciones con las revoluciones latinoamericanas.

Se cita frecuentemente a *Los de abajo* como la novela madre de las novelas de la revolución y aunque en detalle eso no es cierto, la verdad es que puede serlo en fuerza, estilo y encuentro con los personajes que, tanto como sufren, gozan los días y las noches de los inicios del siglo

veinte mexicano. También podemos citar el precedente cronístico en la obra de Heriberto Frías, *Tomóchic* (1894), texto sobre la insurrección indígena frente al porfiriato, y las novelas que, posteriormente, componen la obra de Martín Luis Guzmán, como *El águila y la serpiente* (1928). Indudable es el papel de la revolución en la obra de los intelectuales y escritores mexicanos, desde los miembros del Ateneo, como Alfonso Reyes, que tanto nos ha dicho de la “Decena trágica”, pasando incluso por Rulfo y sus aproximaciones a la llamada Revolución cristera, y llegando a los más recientes narradores y cronistas de las letras mexicanas, como Monsivais.

Como se ha dicho, el título *Los de abajo* traduce un interés fundamental por resaltar el objetivo realista en la narración. Y en esta misma consideración resulta más que anecdótico el hecho de que la novela de Azuela se hubiera traducido al inglés como *The under dogs* en 1929. Muchas cosas se pueden sospechar de este título, incluso la complicidad del novelista al permitir el cambio de título, pero bien se nota que las connotaciones pueden ser distintas de las que tiene el texto en castellano. Igual ocurre con otra novela que acompaña la más reciente edición de *Los de abajo: Mala yerba* (Azuela, 1971). Igual, porque ésta fue presentada al inglés, más que traducida, como *Marcela* en 1932.

Mala yerba es una novela anterior a la novela de la revolución pero mantiene algunos de sus particulares lineamientos: aproximación a personajes que pasan inadvertidos mientras los acontecimientos y los historiadores pasan; búsqueda de un estilo narrativo realista no carente del modernismo latinoamericano; interés por unos diálogos que traduzcan el pensar y el actuar de las tradiciones mexicanas. Estas y otras cosas hacen parte de Mala yerba, novela de 1909 (primera edición).

Como es de suponer en treinta años de reinado, Porfirio Díaz hace parte de los seres y las cosas que se conocen y se hablan en una parcela de tierra como La Mesa de San Pedro. Allí se desarrolla la novela, pero el interés no es tanto el de la revolución como el del descubrimiento de un pueblo, su violencia y sus devociones, como los caballos y las mujeres. Marcela Fuentes, la protagonista, es objeto de deseo para los hombres de La Mesa, sobre todo para el patrón, don Julián, que no la quiere ver de coqueta con ningún peón. La mujer se muestra primitiva, salvaje, presta al amor como a la violencia que desata su variante, el odio. Bien se ve que, como narra Azuela: “El apetito es espoleado por la resistencia de la hembra” y que los machos quieren ser “domadores de doncellas”.

Y si ya parece que el orden lo impusieran los hombres, Azuela se encarga constantemente de hacernos ver que todo lo que ocurre ha sido ya pensado por las mujeres y que en la vida son ellas siempre las que llevan la ventaja. No es el hombre quien conquista, es la mujer quien se dispone a jugar a dejarse conquistar; no es el hombre quien decide, es la mujer quien se impone con sus ternuras y resabios. Inquietantes son los fragmentos en los que Azuela muestra a la mujer, imagen de una raza, como la ven los hombres:

Siempre lo mismo: repetición indefinida del tipo con sus dos variantes principales: la especie vulgar, ruda y tosca, tan desprovista de atractivos físicos que hace dudar de que por sus deplorables prendas pueda derramarse una gota de sangre, que obliga a pensar en que los actos a que a ella haya orillado a sus amantes tienen tanto de criminales como rasga las carnes al que pretende

cantar en su muladar, el triunfo eterno del fuerte y, a veces, muy raras, la muchacha sensual y sabedora del poderío de su carne fresca y sabrosa; la mujer ardiente que provoca conflictos porque en ellos se recrea, que lleva al peligro a sus adoradores para solazarse en él; refinada en el vicio y con la intuición de que la temeridad fustiga el deseo e intensifica el placer.

Esta última es Marcela Fuentes, la que se la juega a su patrón con los peones, típica empleada que se sabe atractiva para sus amos. La mujer que todos quieren y a la que nadie logra reconocer su atractivo; resulta demasiado fuerte, de ancha espalda, pero emanando dulce calor de su cuerpo. Así la muestra Azuela saliendo de un sitio de encuentro amoroso:

Del jacalucho salió presurosa una muchacha apretando los ojos como si la luz hiriese sus pupilas. Cogióse la raída falda de chomite en un puñado y echó a correr por el linde del sembrado. Contoneábase su recio cuerpo pubescente cual ancas de potranca, sus pies chatos y desnudos castañeteaban en el suelo con firmeza montaraz de animal que no siente pedruscos ni malezas. Se tiró por el barrial, copiando tepetates en un ancho delantal azul.

Incluso se presenta en la novela a una mujer bella, hermosa, pero sin atractivo, o como se dice comúnmente: de malas en el amor. “Mariana, flor exquisita, exótica y rara en los campos incultos, contrasta por su finura y esbeltez, por su neurosis de gente civilizada, con todas aquellas hembras panzudas, piernudotas y recias de pechos de vacas suizas”.

Como en *Los de abajo*, la novela de Marcela es un retrato de una época y de un pueblo en que hombres y mujeres se aman en caballerizas y pastizales, los que velan a los muertos beben mezcal y pulque, los que sufren ponen velas a todos los santos y los que bendicen hacen anatemas a cualquier señal de desvío. Se imponen las normas de los más fuertes, de los poderosos; no hay nociones de justicia claras, y si hay justicia no está vendada en sus ojos, además, los testigos tienen cataratas; el lenguaje que expresan peones y revolucionarios revisa las palabras cuando se administran con ligereza: aquí el señor es ‘siñor’, la experiencia es ‘esperiencia’, todavía es ‘toavía’, pues es ‘pos’, ahí está es ‘ahista’, nadie es ‘naiden’, bueno es ‘güeno’, creo que es ‘croque’, así es ‘ansina’ y viceversa es ‘visconversa’. Novelas de un pueblo y de una época que nos anotan lo que en la historia oficial no puede decirse, porque solo la literatura puede pasar por los pensamientos, intuiciones y palabras de quienes pasan fácilmente inadvertidos.